

ESPEJO Y PALABRA: PRESAGIOS DEL ENCUENTRO

Miguel León-Portilla



En Córdoba nació, hace muchos siglos, el que anunció el portento. Testimonios, conciencia de quien hizo verdadero el presagio, se conservan hasta hoy en Sevilla, a un lado de la Giralda. Y, a partir de Andalucía, desde sus costas que miran al Atlántico, el océano, cuando se realizó el portento, dejó de ser barrera que circunda y se convirtió en camino de encuentro.

Hay bolas de cristal y espejos donde se ve lo que está por suceder. También hay palabras proféticas pronunciadas por agoreros y a veces asimismo por hombres ponderados y con renombre de filósofos. Tales palabras y espejos son mágicos portadores de presagios, imágenes anticipadas de portentos.

En un espejo contempló Moctezuma, el soberano de los aztecas, un portento nunca antes visto. Los pescadores de los lagos sobre cuyas aguas se erguía su metrópoli, habían encontrado ese espejo en la cabeza de un raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla. En el espejo, abierta la cabeza del pájaro, los pescadores, siendo de día, habían visto reflejadas las estrellas que llamaban *Mamalhuaztli*, “palos que se frotran para encender el fuego”, pues como tales resplandecían en el cielo.

Moctezuma se encontraba en su casa de oscuridad, *Tlilancalco*, lugar de retiro y meditación. Hasta allí le llevaron el raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla, en cuya cabeza se hallaba el espejo. Los pescadores, con temor y reverencia, pusieron pájaro y espejo en manos de los servidores del gran señor. Éste interrumpió su meditación.

Contempló con mirada fija el espejo en la cabeza del pájaro. Vio, al igual que los pescadores, cómo en él resplandecían las estrellas que llamaban *Mamalhuaztli*. Moctezuma y todos sabían que, cada 52 años, cuando esas estrellas llegaban al cenit, había que encender el Fuego Nuevo en lo alto

de una montaña. Con llantos y sacrificios se realizaba esa ceremonia. Si el Fuego no llegaba a encenderse, las tinieblas se adueñarían para siempre del mundo.

Moctezuma apartó de sí por un momento la cabeza del raro pájaro donde estaba el espejo. Luego volvió a mirar. Ya no se veían en él las estrellas del *Mamalhuaztli*. Como en lejanía, se reflejaban allí gentes que venían de prisa, hombres erguidos que avanzaban dando empujones. Eran gentes de guerra, y venían a cuestras de unos como grandes venados.

Moctezuma contempló las estrellas del *Mamalhuaztli* y los hombres a cuestras de esos extraños animales, en un año nombrado según su calendario 2-Caña, como lo refieren los libros de pinturas y signos jeroglíficos. Ese año en la cuenta de los cristianos era el de 1507. Moctezuma no sabía que, para entonces, habían transcurrido ya quince años desde que el océano —el *téotl*, “aguas divinas”— había dejado de ser barrera y se había convertido en camino de encuentro.

Otra vez Andalucía. El que había superado las barreras del océano, ahora, de Granada y Sevilla, pasaba a Sanlúcar para emprender el cuarto de sus viajes. Un libro dejaba entonces escrito. En él había copiado muchos textos de la Biblia y de los Santos Padres; también algunas cartas suyas, recordaciones de eclipses, palabras acerca de Ofir, Tarsis y Jerusalem. El dicho extraño volumen se nombra el *Libro de las profecías*.

El Almirante del Mar Océano, al regreso de su cuarto viaje, hubo de añadir otros párrafos a su *Libro de las profecías*. ¿Fue en 1504, 1505? De hecho, consignó allí el recuerdo de un eclipse, del que fue testigo en Jamaica, el 29 de febrero de 1504. Tales añadidos en ese libro suyo, sólo en dos o tres años antecedieron al momento en que Moctezuma contempló el espejo en la cabeza del raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla.

Un añadido en el *Libro de las profecías* es el que aquí intere-

sa. En él, sólo un par de años antes de su muerte, el Almirante Cristóbal Colón cita al que había nacido en Córdoba muchos siglos antes y había anticipado el portento. Pero la cita que hizo el Almirante en su *Libro de las profecías* desborda una mera transcripción literal.

Lucio Aeneo Séneca, el maestro nacido en Córdoba más de mil años antes, en una de las tragedias que escribió, *Medea*, puso en boca del coro, al final del segundo acto, las siguientes palabras:

Tiempos vendrán al paso de los años
en que suelte el océano las barreras del mundo
y se abra la Tierra en toda su extensión
y Tetis nos descubra nuevos orbes y
Tule no sea ya el confín de la Tierra.

La palabra profética del coro, y de Séneca, iba a impresionar, con el paso de los años, a no pocos varones ilustres. La última Tule, la Islandia colonizada por los daneses, no sería ya el confín de la Tierra. Ésta, al aflojar el océano las barreras del mundo, se iba a abrir en toda su extensión.

Menester es detenernos para breve aclaración. En algunos de los viejos manuscritos en que se conserva el texto de la *Medea* de Séneca, se dice que sería Tetis quien descubriría nuevos orbes. Tetis era una diosa, la mujer del padre Okéanos. Ahora bien, en otras de las antiguas transcripciones hay una variante. En vez del nombre de la diosa Tetis, aparece el de Tiphis. Era éste, en la mitología de los griegos, marinero famoso, conocedor de vientos y estrellas, y asimismo guía de Jasón, el del Vellocino de Oro. En el texto que tuvo en sus manos el Almirante del Mar Océano, probablemente edición ya impresa, se leía la variante que adjudicaba al marinero Tiphis abrir la Tierra en toda su extensión y descubrir nuevos orbes. Cristóbal Colón iba a copiar en su *Libro de las profecías* las palabras de Séneca pero, importa insistir, yendo más allá de una transcripción literal.

En la Biblioteca Colombina de Sevilla, creada por Hernando, hijo de Colón, se conserva el original del *Libro de las profecías*. Allí, en el reverso de la página 59, de su puño y letra escribió el Almirante:

Vernán a los tardos años del mundo ciertos tiempos,
en los cuales el mar océano aflojerá los atamentos de las cosas
y se abrirá una grande tierra,
y un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón,
que obe nombre Tiphí,
descubrirá nuevo mundo
y entonces non será la isla Tille
la postrera de las tierras.

Nuevo marinero fue el Almirante, como lo había sido Tiphis, guía de Jasón. Y como él, según sin rodeos en su transcripción lo proclama, *descubrirá nuevo mundo*.



Cristóbal Colón, retrato de Sebastiano del Piombo

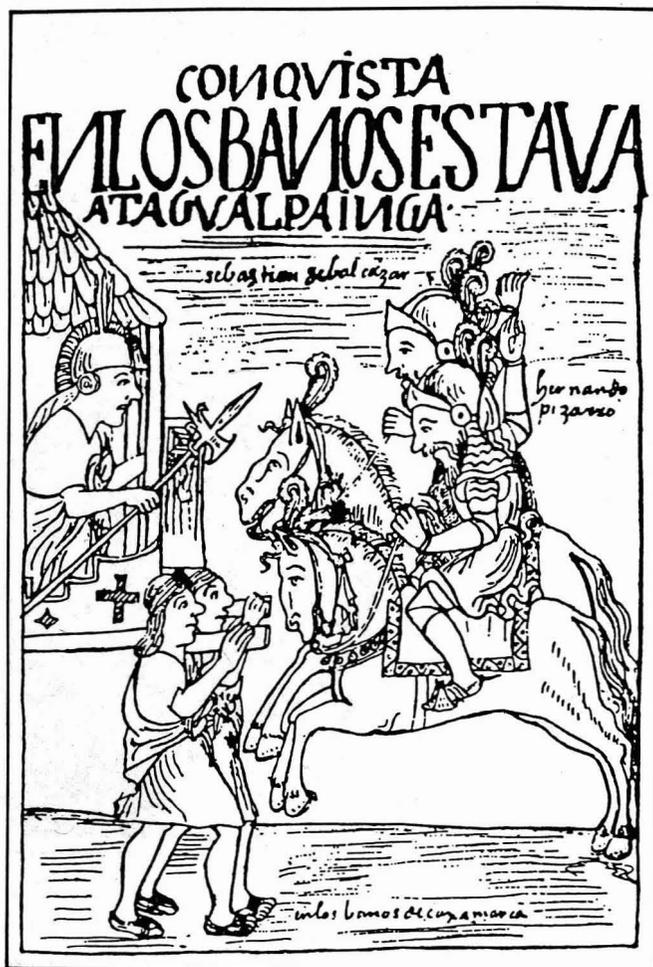
Otro libro más de la misma Biblioteca Colombina mucho interesa aquí aducir. Es también edición de las tragedias de Séneca, impreso en Venecia, en 1510. Hernando Colón, el hijo del Almirante, tampoco pudo resistir a la idea de hacer una glosa o anotación marginal, precisamente al lado del texto en que se anuncia que vendrán ciertos tiempos en que la Tierra se abra en toda su extensión y Tiphis descubra nuevos orbes. La anotación de Don Hernando, el latín, dice así:

Haec prophetia impleta est per patrem meum,
Christophorum Colom, admiralem, in anno 1492.

Esta profecía fue cumplida por mi padre,
Cristóbal Colón, el almirante, en el año 1492.

Entre los preclaros varones, hondamente impresionados también por el prenuncio de Séneca, sobresale fray Bartolomé de las Casas. Fue el primero en conservar pormenorizado relato de la empresa colombina en su *Historia de las Indias*. Allí, habiendo explicado que la isla de Tule “está en el océano de esa parte de Noruega, entre el Septentrión y el Poniente”, nos dice:

¿Qué más claro pudo decir Séneca del descubrimiento destas Indias? Y diciendo “Tiphis [‘el primero que hizo navío’, aclara fray Bartolomé] descubrirá nuevos mundos, da a entener *automatice*, o por excelencia, la dignidad y especialidad y sabiduría y gracia que Dios había de infundir para ello en Cristóbal Colón, como si dijera, el excelente y señalado marinero y otro tal, como el inventor de señalada



y admirable novedad en cosas pertenecientes al navegar como lo fue aquel Tiphis, descubrirá nuevos mundos...

Larga es la lista de los varones impresionados por el preñuncio de Séneca. Recordaré al menos a Francisco López de Gómara. Éste, en su *Historia general de las Indias*, publicada en 1552, volvió a aducir, con un comentario, las palabras de Séneca. Fueron ellas, nos dice, "como un dicho acerca del Nuevo Mundo que parece adivinanza".

Se soltaron las ataduras del océano y éste se convirtió en camino de encuentro. Es cierto que el Almirante muchas veces expresó haber llegado a los confines del Asia. En su *Libro de las profecías*, de su puño y letra escribió, sin embargo, que en esos tardos años del mundo, cuando "se abrirá una grande tierra, un nuevo marinero, como aquél que fue guía de Jasón... descubrirá nuevo mundo..." ¿Qué pensaba el Almirante cuando así alteró lo que había expresado Séneca en su tragedia de *Medea*? Dejemos a los eruditos, y también a los polemistas recalcitrantes, que continúen devanándose los sesos en busca de la lumbre que no tienen. Mejor retomemos conciencia de que, más allá de las antiguas barreras del mundo según los mapas de Ptolomeo, había otras muchas gentes, en algunos casos con grandes ciudades, templos y palacios, como los de los mayas y aztecas y los quechuas del Perú.

Encuentros en cadena se produjeron desde el momento en que el nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón, "descubrió nuevo mundo". Colón conoció a los taínos de las islas y también a los temidos caribes de los que derivó, con razón o sin ella, el triste nombre de caníbal. Tocó también el Almirante las riberas de la Tierra Firme. En pos de él vinieron otros y los encuentros en cadena se sucedieron, cada vez más numerosos.

Moctezuma en su espejo contempló el preñuncio. Y antes, mucho antes, según lo recuerda el primer cronista del Nuevo Mundo, el ermitaño Ramón Pané; también el señor taíno de la isla Española, Cacibaquel, afirmó haber tenido anuncio de su dios Yucahuamá de "que llegaría al país una gente vestida, que los dominaría y mataría..." Y asimismo los sacerdotes mayas de Yucatán y Guatemala profetizaron la llegada, interpretando la secuencia de sus cuentas calendáricas. Y se dice que, en el sur, el inca Guayna Cápac supo de un portento y mal agüero que pronto se relacionó con la llegada de un navío en el que venían hombres barbudos y blancos.

Rotas para siempre las barreras del mundo, abierta la Tierra en toda su extensión, gentes de uno y otro orbe hubieron de encontrarse. El encuentro produjo estupor. Hubo luego enfrentamiento, lucha, muertes y ruina de culturas. El encuentro trajo también consigo intercambios, fusión de hombres y de formas de vida. Nuevos pueblos de rostro y corazón mestizo comenzaron a existir.

Explicar lo inesperado es siempre apremio humano. Para dar sentido a lo antes desconocido, hay que recurrir a lo que es propio y corresponde a la ancestral visión del mundo. Creencias y antiguos relatos, y también profecías, son elementos que se hallan en toda visión del mundo. Lo extraño comienza a ser comprendido cuando se sitúa en el contexto de lo que se sabe ha ocurrido o puede ocurrir. Testimoniar al otro desconocido, supone a veces profetizar su aparición, si se quiere paradójicamente, incluso después del encuentro.

¿Fueron palabras y visiones proféticas las de los taínos, mayas y quechuas? ¿Contempló Moctezuma en verdad ese espejo y en él las estrellas, y los hombres en son de guerra "a cuestras de unos como venados"? Lo que resulta indudable es que, situando a "los hombres de Castilla", los venidos de más allá de las aguas inmensas, en el contexto de las antiguas concepciones indígenas del mundo, los radicalmente extraños, dejaron de serlo.

También el Almirante encontró en su lectura de la *Medea* de Séneca un principio de comprensión. De ello nos habla el testimonio medio olvidado de su *Libro de las profecías* hasta hoy conservado en Sevilla, a un lado de la Giralda. En verdad se realizó el portento. El océano dejó de ser atadura que aprisiona y se convirtió en camino de encuentro. Tras milenios de separación, la humanidad comenzó a volverse una: era ya el *Encuentro de Dos Mundos*. Con ese encuentro se hizo al fin posible que un solo mundo existiera. ♦